

Si no limpia, si no pule,
Si no adorna, no es amor.

Cuando al Amado contempla
Abrazado en la afición,
Si no enlaza, si no une,
Si no junta, no es amor.

¿Quieres pues, alma saber
Si tienes amor á Dios?
Obra y padece, *conforme,*
Que cuanto más, más amor.

Sufre la *cruz* de tu estado
Con paciencia y con valor,
Resignada, igual, gozosa,
Que cuanto más, más amor.

Sigue con la *cruz* á Cristo,
Procura su imitación,
Fervorosa, ardiente y fina,
Que cuanto más, más amor.

A. M. D. G.

... tan fecunda en naufragios. Quién podrá decir todos

MARÍA

ESTRELLA DEL MAR

O

CONVERSION, PENSAMIENTOS Y AFECTOS

DE

D. Luis María de Conciliis,

JUEZ DE LA G. C. CIVIL DE NAPOLES.

Obra traducida al francés de la tercera edición italiana y precedida
de una introducción

POR MONSEÑOR GAUME

PROTONOTARIO APOSTOLICO.

TRADUCIDA AL CASTELLANO
DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR M. A. BEJARANO.

MÉXICO.—1882.

ANTIGUA IMPRENTA DE MURGUIA.

PORTAL DEL ÁGUILA DE ORO, NUM. 2,
JUNTO Á LA GRAN SOCIEDAD.

A LA VÍRGEN.

Si antes de nacer el hombre
Pudiera escogerse madre,
Es seguro que buscara
A la mujer más amable,
Más tierna, más indulgente,
Más cariñosa y süave;
¿Pues cómo á tí, Vírgen Santa,
No te hiciera Dios tan grande,
Tan casta, tan limpia y pura,
Tan bella y tan admirable,
Cuando ya desde un principio
Antes de siglos y edades,
El Señor te preparaba
Para ser su Augusta Madre?
Te formaba el Verbo Eterno
En el seno inescrutable
De su saber infinito
Para vestirse de carne,
Previendo que á la miseria
De ser nuestro semejante,
Lo obligaria en el tiempo
El hombre torpe y culpable.
Por eso el Señor ¡oh Vírgen!
Te llenó de sus bondades
Vistiéndote de virtudes
Y de dotes celestiales;
Por eso puso á tus plantas
Todas las legiones de ángeles,
Coronándote de estrellas
Y de luceros brillantes.

Por eso puso en tus manos
 De sus tesoros las llaves;
 De sus tesoros, que guardan
 Riquezas innumerables;
 Te dió su misericordia,
 Su caridad inefable,
 Su amor, amor infinito,
 Para el humano linage.
 Amor por el cual, Señora,
 Despues de darnos su sangre
 Que redimió nuestra culpa,
 Nos dejó su misma Madre,
 Para que como á hijos suyos
 Nos viese y nos amparase,
 Con una Madre tan rica,
 Tan poderosa y tan grande,
 ¿Quién podrá temer miserias?
 ¿Quién tendrá necesidades?
 Te dejó para que fueras
 Socorro de miserables,
 Refugio de pecadores,
 Alivio de nuestros males;
 Para que fueras el puerto
 De nuestras náufragas naves;
 Para que fueras la Estrella
 De este mar de tempestades.

M. A. Bejarano.

UNA PALABRA DE MONSEÑOR GAUME

EN LA SEGUNDA EDICION FRANCESA.

La vista de los supremos peligros que nos amenazan, así como la doble certidumbre de que solo el arrepentimiento nacional puede salvar al mundo, y de que este arrepentimiento, si llega á tener efecto, será debido á la Madre de misericordia, nos han determinado á dar hoy, á pesar de lo difícil de las circunstancias, una nueva edicion popular de *MARÍA, ESTRELLA DEL MAR*.

Agotado hace ya tiempo y reclamado por un gran número de personas; este opúsculo, *como no conocemos ningun otro*, es el grito de angustia del náufrago luchando en medio de las olas. Sepamos hacerlo oír nosotros mismos y tengamos buena esperanza.

La compasiva Reina del cielo, nuestra Madre y nuestra Hermana, nos tenderá la mano, nos sacará del abismo y nos salvará.

MONSEÑOR GAUME,

TRADUCTOR FRANCES,

A LOS HOMBRES DE ESTE SIGLO.

Aquí teneis á un hombre ilustre por su nacimiento, ilustre por sus talentos y más ilustre aún por las iniquidades de su vida. Hijo del siglo pasado, nació como nosotros en un suelo sacudido profundamente hasta sus cimientos. Su cuna, como la nuestra, fué mecida por las tempestades; sus primeros pasos se ensayaron entre ruinas. La dulce voz de una madre piadosa resonó un instante en su corazón; pero muy pronto los ecos no llevaron á su oído sino el grito salvaje de la impiedad, el ruido lejano del cañon que derribaba los tronos, el lúgubre sonido del hacha que hacia caer las cabezas y el del martillo que demolia los templos.

Como el bajel sin piloto y sin lastre que arrojan los vientos desencadenados, como el fogoso corcel estimulado por el habitante del desierto, el hijo impetuoso de la bella Italia se arrojó con los ojos cerrados en el inmenso torbellino que arrebatava en confusa mezcla los cetros y las tiaras, las reputaciones y las fortunas, las creencias y las costumbres. Se abandonó sin luchar á la rápida corriente del rio. Habia en sus lábios cánticos alegres; rosas cortadas en las riberas fugitivas del torrente adornaban su cabeza. Adorador del placer bajo todos sus nombres y bajo todas sus formas, no rehusaba á su dios sino lo que no podia darle; y así se pasó la primavera de su vida.

Cuando vino el otoño estaba léjos de las costas, en este mar del mundo siempre proceloso, siempre amenazante

y tan fecundo en naufragios. ¿Quién podrá decir todos los escollos que tocó, todas las corrientes que lo arrastraron? El mismo, incapaz de expresarlo, se contenta con decirnos, que: su navegacion no fué más que un naufragio. (1) Inocencia, piedad, virtud, pureza de costumbres, herencia sagrada de la casa paterna, todo pereció. Sumergido en ese océano de crímenes, lucha en vano, sus fuerzas debilitadas lo abandonan, su valor se acaba y no vé más que el instante fatal en que el abismo de la eternidad va á abrirse y á cerrarse, y á contar una víctima más. (2)

En este momento supremo fué cuando la *Estrella de la Mañana* hizo penetrar hasta él uno de sus dulces rayos; y á su vista, un grito espontáneo, un grito de alarma, el grito de un hombre, en fin, herido, lastimado, caído al fondo de un abismo, se escapa de su pecho oprimido..... ¡Ay de mí.....! [3] Se acuerda de su Madre, se acuerda de María, le ruega que lo salve, y..... María lo salva. [4]

Y es la historia de su naufragio, la historia de su salvacion, la historia de su corazón, de su reconocimiento, de su dolor, de su alegría, de su confusion, de su amor, de su felicidad, la que se refiere á sí mismo, la que refiere á su familia, la que refiere á María, la que quisiera referir á todas las generaciones. (5)

Pero qué digo? la refiere, no; la suspira, la canta, la llora, la hace revelar á todas las voces de su alma. Voz del remordimiento, voz de la confianza infantil, voz del temor,

(1) Vado col pensiero riandando gli scorsi anni miei e veggo.... Ahime infelice che veggo! Veggo ch'essi non furono, se non una serie funesta di vizj e di colpe. (Pág. 24.)

(2) Afflito da un diluvio di mali, et già sul bordo d'orribili precipizj, che minacciavano d'ingojarmi, etc. [Pág. 3.]

[3] Oimè! *Esta es la primera palabra de su libro.*

[4] Mi volsi a voi, come alla stella del mattino; v'impegnai a salvarmi, e voi mi salvaste. [Págs. 3 y 4.]

[5] Ho scritto per me, ho scritto per la mia famiglia.... per attestare in faccia a tutto il mondo le misericordie senza numero a me profuse dalla mano benefica di Maria Ss., e per consegnare, per quanto e in me, alla eternità un perpetuo monumento di mia riconoscenza. (Págs. 11 y 12.)

voz de la piedad filial, voz del dolor, voz de la dicha, voz del amor, voz del hombre que escapa de la tumba, indefinible armonía que desgarrá, que acaricia, que conmueve todas las fibras del corazón; este es su libro.

Y este libro, tal como no conocemos ningún otro, es el que publicamos hoy en nuestra lengua y lo dirigimos á nuestros contemporáneos, á los hombres de la generación formada.

Nacidos en el seno de las tempestades, alimentados en los campamentos, sorprendidos desde la infancia y arrebatados por la rápida sucesión de acontecimientos gigantes, ya levantados á lo alto de la fortuna, ya caídos en el abismo del olvido, ya víctimas de las pasiones de otro, ya víctimas de nuestras propias pasiones, nosotros no tuvimos, no pudimos tener como las generaciones precedentes, hijas de la paz, esos socorros poderosos de la educación religiosa y de la fé, que, semejantes á un doble parapeto, resguardan al peregrino de la vida de los precipicios sembrados en el camino. ¿Habrá que admirarse, pues, de que háyamos caído?

El nombre de Dios, ese nombre sagrado que entreabre y ensancha el corazón naciente, como el astro de la mañana entreabre y ensancha la naturaleza toda, no llegó á nuestros oídos sino al rumor acusador del sarcasmo y de la injuria. ¿Habrá que admirar que no lo háyamos amado?

Sin embargo, el hombre es amor; su corazón necesita de alimento. Si no lo buscamos en el cielo lo buscamos en la tierra; por lo mismo, no hay que extrañar que hayamos mendigado sucesivamente la felicidad en todo lo que nos rodea. ¡Vanas peticiones! Todas las criaturas nos han despedido. ¡Ay! ninguna de ellas fué bastante rica para darnos la limosna.

Algunos, tomando aversión al mundo, se han concentrado en sí mismos, diciéndose: *Yo seré mi dios, en mí encontraré la felicidad*; y han adorado sus pensamientos, los desvaríos de su imaginación y todas las inclinaciones de su corazón. Mas hé aquí que un fuego súbito, el fuego devorador de la duda ha consumido en un instante al altar y al sacerdote y al dios; y se ha oído el grito siniestro

de la desesperación, y el suelo se ha cubierto de tumbas sangrientas sobre las que se ha leído esta palabra grabada con la punta de un puñal: ¡Suicidio!

Otros han emprendido camino contrario. Temiendo habitar en sí mismos, como se teme habitar en un lugar funesto, han huido lejos de sí, han cerrado la puerta de su alma y han arrojado la llave. Luego, como alegres convidados, han venido á sentarse al banquete de la vida. Han dicho al oro: *tú eres mi dios*; negocios para tener oro, placeres para gozar del oro; hé aquí su símbolo y su ley, hé aquí sus pensamientos del día y sus sueños de la noche.

Sin embargo, del centro de sus fiestas se han escapado suspiros; de sus palacios dorados han salido voces lastimeras, imprecaciones, gritos de rabia y de dolor. Yo he entrado y los he visto. Su rostro estaba pálido y su frente recelosa, sus ojos melancólicos y tristes, y su palabra seca y dura; sus labios carecían de la sonrisa amable; y al rededor de ellos, como el buitre cruel al rededor de su presa, revoloteaban los negros pesares, los tédios, los fastidios, las enfermedades tempranas; pedían á su oro el descanso, y se arrojaban para encontrarlo al seno de sus placeres y de sus negocios, y habríase dicho que caían en camas de espinas ó sobre carbones encendidos; tanto así era lo que se agitaban y lo que maldecían la vida.

Lástima grande es ver tantas nobles almas, víctimas tristes de las ilusiones del tiempo. Al verlas, yo sentí todo lo que se siente al ver sufrir á un amigo; porque las amo y ví que sufren mucho, y un pensamiento aumentaba mi pena. ¡Ay! me decía, no son ellas solas; cuántas otras almas, no menos nobles, no menos amadas, sufren ignoradas y solitarias!

¡Almas infortunadas! compañeras de mi peregrinación por este valle de lágrimas, quien quiera que seais, son compadeczo mucho, porque vuestros sufrimientos son grandes. Si este librito que os dirijo, llega á vuestras manos, no lo desdigneis. Os hablará de un hombre que ha pasado por todos vuestros dolores, y su lectura os hará bien. ¡Hay tanta simpatía entre los desgraciados!

Os hablará de una Madre..... de una Madre; el único

bras de los Padres, de los dos Testamentos, y de los

objeto tal vez entre todos los de vuestra afeccion, que no habrá perdido su brillo; el único cuyo recuerdo hará todavía, de vez en cuando, palpar de dicha vuestro corazón enfermo y correr de vuestros ojos lágrimas dulces. Os hablará de una madre..... y de qué Madre! De esa Madre de mirada clemente, de poder infinito, (1) de bondad sin límites, á la que nadie invocó jamás en vano, que estrecha igualmente entre sus brazos á Dios y al hombre, y que á los dos los llama MIS HIJOS.

Dejad, pues, almas dolientes, penetrar hasta vosotras este mensajero de esperanza; tiene pocas cosas que deciros, pero estas pocas cosas pueden volver á vuestra frente la serenidad, á vuestro corazón la paz, la paz que buscáis en vano. Por favor, hombres de este siglo, un momento, entre tantos momentos de que no sabeis qué hacer; una mirada, una mirada siquiera para el cielo, entre tantas como perdeis sobre la tierra.

En otro tiempo oíste con atencion aquella voz melancólica y dulce que, escapándose del fondo de un calabozo, os refirió los sufrimientos de un pobre prisionero. (2) Vuestras entrañas se conmovieron, y sus dolores, sin embargo, no eran los vuestros.

Hoy es la voz de otro hijo de esa graciosa Italia, la que escapándose del abismo, os refiere angustias á las cuales no sois extraños. Es la voz de uno de vuestros compañeros de desgracia: vuestros dolores fueron los suyos, su felicidad puede ser también la vuestra: él os dirá cómo. Vuestro oído no será sordo, ni vuestro corazón frío, porque hablándoos de él os habla de vosotros; hablándoos de su Madre, os habla de la vuestra, porque habla de MARIA.

(1) Omnipotentia supplex.

(2) Silvio Pellico.

ADVERTENCIA DEL AUTOR.

Si se leyese este librito con la intencion de enriquecerse con alguno de esos conocimientos brillantes que adornan el espíritu humano, ó con el designio de aprender en él cosas, si no enteramente nuevas, á lo menos poco conocidas, se caería en un error, en uno y en otro caso. Me conozco bien, sé que la instruccion me falta mas que á ninguno otro. No he escrito tampoco con el deseo de figurar entre esos hombres, que por sus obras merecen bien de la sociedad y han recibido, con justo título, honores y aplausos.

Yo he escrito para mí, he escrito para mi familia.

Para mí he escrito, por dos razones: es la primera: para compensar, ¡si puede en esto haber compensacion! la pérdida y el abuso que hice en mi juventud, de mis talentos y de mi tiempo, escribiendo obras inútiles y profanas; es la segunda: para atestiguar á la faz del mundo entero las misericordias sin número que ha derramado sobre mí la mano bienhechora de María; y para dejar, en cuanto me sea posible, á las generaciones futuras, un monumento eterno de mi reconocimiento.

¡Qué hábiles somos en engañarnos! una razon de modestia mas especiosa que sólida, me habia determinado hasta aquí á suprimir absolutamente mi nombre y á dejar ignorado el autor de esta obra; pero felizmente me ha venido la idea de que bajo el velo de la modestia, podia muy bien ocultarse un lazo de ese fatal respeto humano que, minando sordamente las mas bellas disposiciones de corazón y corrompiendo las mas hermosas obras de la gracia, tratara de sorprenderme y de arrebatar así el honor y la gloria que yo debo á mi Soberana Bienhechora.

En efecto, apenas sometí mi proyecto á la infalible pie-

dra de toque de la meditacion, cuando conocí claramente que para ser entera la gratitud, no debía tener límites ni reserva; y que el reconocimiento no seria mas que una degradante injusticia si dejase oculto á aquel que fué el objeto del beneficio; porque todo el mundo sabe que el beneficio tiene mas ó menos precio, segun las diversas cualidades del sugeto á quien se dirige.

Advertí, pues, y advertí á tiempo, que me habia engañado, porque ese no era sino un reconocimiento á medias, y así mi pretendida gratitud no tendria sino el nombre y las apariencias de esta virtud, sin tener su realidad. Descubrir el lazo, cambiar de idea, y retractar mi primera, mi ilusoria resolucion, fué asunto de un momento.

He escrito para mi familia, porque estoy persuadido de que las palabras, los consejos, y mas que todo, los ejemplos de un padre, ejercen siempre un imperio secreto en el corazon de sus hijos. Podrán olvidarlos, desatenderlos, hasta despreciarlos en algun momento de fiebre y de delirio; pero, tarde ó temprano, se acuerdan de la ternura paternal, y este solo recuerdo bastará para reanimar, para vivificar las buenas semillas esparcidas por una mano amiga en el campo de su corazon.

Agregad, que tener diariamente en sus manos y bajo sus ojos estas hojas, será para ellos tener á su padre siempre presente y contemplarlo siempre vivo en el hogar doméstico; leer, á lo menos, de vez en cuando, un renglon, una página, será para ellos hablar con su padre, conversar con él, oír su voz, que reproducida y fija en caracteres durables y permanentes, estará menos expuesta á desvanecerse en el aire.

Ademas de eso, ¿no debo esperar nada del favor, de la bondad, de la proteccion de Aquella que me inspiró la intencion de revelar al mundo el triunfo de su misericordia, sobre el corazon mas rebelde que hubo nunca, que ha dirigido el plan de esta obra, ayudado su trabajo, solicitado su entera ejecucion, librándome muchas veces de graves y peligrosas enfermedades? Yo lo reconozco; esas enfermedades fueron otras tantas advertencias que me hizo para que saliera de la negligencia incivil á que me habia abandonado.

do, y acabase la obra que le tenia prometida hacia ya tanto tiempo. La buena Señora sabrá bien el modo, en provecho de mi familia, de dar á las mudas palabras de un padre, el mismo vigor y la misma fuerza que tuvieron en otro tiempo las trompetas de Israel para derribar con su sonido victorioso las murallas de Jericó.

Por último, habiendo escrito con un fin muy personal, enteramente de familia y hasta cierto punto doméstico, lo he hecho bajo el solo dictado del corazon; he escrito sin preparacion, sin intencion y sin estudio. A medida que mi corazon, recogíendose en sí mismo, hacia la suma de sus deudas para con la poderosa Madre de Dios, dictaba á mi pluma todos esos diversos afectos de dolor y de gozo, de confusion y de reconocimiento, de temor y de confianza, de esperanza y de amor, que ora dilatándolo, ora estrechándolo y oprimiéndolo, lo ponian, puedo decir, en un feliz estado de sitio. Entonces, en medio de éxtasis deliciosos, se sentia como trasportado fuera de mi pecho, por una dulce violencia, y obligado á hablar, á gritar, á publicar todo lo que experimentaba.

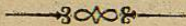
He debido, no obstante, imitar aquí la industria del labrador, que queriendo regar una tierra árida, privada del rocío del cielo, va á sacar agua á los pozos de sus vecinos. Lo mismo yo, para calentar, para regar mi corazon desecado y marchito por los ardores de las pasiones y de los crímenes, he traído á mi memoria las máximas de los antiguos Padres de la Iglesia, en orden á la Augusta Vírgen María; sus expresiones, sus palabras, sus consejos; sobre todo he recordado las bellas figuras, bajo las cuales nuestros libros santos pintan á esta divina Vírgen.

Yo habia aprendido todo esto en otro tiempo, parte de la boca de los ministros del altar y parte en mis propias lecturas; por eso cuando lo he recordado, he citado sus palabras, sin omitir las que no he recordado de quién son, y que me ha sido enteramente imposible indicar los lugares de donde están sacadas.

Debo, sin embargo, decir en verdad, que esta obra no es mas que una coleccion y como un tejido de las palabras de los Padres, de los dos Testamentos, y de las in-

terpretaciones que los Padres mismos les han dado. Mi corazon no ha hablado sino ese lenguaje inspirado, superabundante de la mas dulce y tierna unción, y mi mano no ha tenido otra tarea mas que escribirlo. La prueba mas segura y cierta de lo que digo, es precisamente la repetición que se nota de tiempo en tiempo, de los mismos pensamientos y de las mismas expresiones de los Santos doctores. Cada cual sabe cuánto y con qué gusto, el corazon se repliega para retener en él aquellas ideas que le han hecho una impresión mas viva, y mi mano no debía echar á perder una obra que es toda entera obra del corazon.

Ojalá, nada mas, y esta obra, redunde en gloria de mi Augusta Madre, en provecho mio y de mi familia, y de todos aquellos que, ó por acaso, ó por un hábito de piedad, ó por un movimiento de curiosidad, ó aun por espíritu de crítica, la tomen un dia en sus manos.



A LA REINA DEL CIELO

Y DE LA TIERRA.

EL AUTOR.

Aquí teneis, Augusta Madre de Dios, aquí teneis, por fin, este débil tributo de respeto y de alabanza, que os prometí hace ya tantos años, cuando rodeado de un diluvio de males, y ya en el borde de horribles abismos, en los que me hundia por momentos, volví hácia Vos mis ojos, rogandoos que me salvárais, y me salvásteis.

Pero estas pocas líneas que he consagrado á vuestra gloria, cuántas acusaciones y reproches encierran contra mí! Un resto de vida, gastada menos por los años que por el crimen: un corazon insulso, insípido, que perdió su vigor y lozanía en los locos amores del siglo, una inteligencia entorpecida por el ruido asordador y por el pesado fardo de ciencias vanas y nocivas, una memoria débil, lánguida y casi apagada, un cuerpo pesado, incapaz de los mas fáciles ejercicios de la virtud..... hé aquí el don que os he reservado, hé aquí el sacrificio que os ofrezco; hé aquí lo que os traigo en cambio de tantos bellos años, miserablemente perdidos; de talentos en otro tiempo brillantes, néciamente envilecidos, de afectos ardientes, vergonzosamente degradados; de pensamientos vivos espontáneamente corrompidos; de deseos ardientes culpablemente desviados de su curso.

En vista de este cuadro fiel, de estas confesiones que expresan la verdad, temo con grande razon que estos mismos renglones, léjos de presentaros el homenaje de mi reconocimiento, os proporcionen, al contrario, los documen-

tos de mi proceso. Pero un proceso recopilado únicamente en la amargura del corazón, y puesto voluntariamente en vuestras manos por el culpable mismo, no puede provocar sino una sentencia favorable y no de condenación.

¿Cuántos testigos dignos de fé, por su dignidad y por su número, no acusaban á la israelita adúltera? Además, las pruebas del crimen eran irrecusables, la ley severa, la sentencia fácil de pronunciar: la condenación á muerte hubiera sido de toda justicia. Pero ella puso todas esas pruebas en manos de vuestro Hijo, juez escogido por los acusadores mismos. Pesadas con toda la severidad de la ley en la balanza de su misericordia, y agregando á ellas la confusión que la infeliz supo hacer servir en expiación de su crimen, uno de los mayores que puede cometer la humanidad, no pudieron obtener otra cosa que su entera absolución.

¿Qué mas podré decir? Amo benéfico, y liberal dispensador de sus dones; quiso dar á los obreros ociosos la misma recompensa que á los laboriosos y activos, sin embargo de que los unos habian empleado apenas las últimas horas del día en trabajar en su viña, mientras que los otros habian soportado todo el peso del día y del calor. Qué modelo para Vos, Señora; que habeis sido criada á su imágen, pero no como las otras criaturas, que se le parecen tan imperfectamente, sino para pareceros á él hasta la admiración. (1) Y para mí, ¿qué motivo tan poderoso para esperar la misma suerte!

Siguiendo el ejemplo de vuestro divino Hijo, dignaos aceptar, Virgen augusta, este ligero y tardío trabajo, resto miserable de mis largos y deplorables ocios; que las faltas horribles cuyo recuerdo he delineado, y cuya prueba invencible está en la confesión misma del culpable, sean anonadadas y consumidas en el horno ardiente de vuestra inextinguible caridad; horno sagrado, siete veces mas encendido por la confusión que experimento y por la confianza que me anima.

Dignaos, sobre todo, aceptarlo, para que en vuestras

(1) S. Thom opusc. de Charit.

manos venga á ser, para mi propia familia, el dichoso instrumento de su amor, de su reconocimiento, y de su devoción hácia Vos; la arma victoriosa de todas las seducciones del siglo; el dulce consuelo de todos los males de la vida y el guía fiel á la venturosa eternidad. Tal es, bien lo sabeis, el objeto de este diminuto y pobre trabajo. Tal es mi intención, dignaos secundarla.

Pero para referir todas mis obligaciones respecto de Vos, y todas vuestras bondades para conmigo, ni esta pequeña obrita, ni cien volúmenes más que yo consagrara á la honra vuestra, podrian bastar; por eso os presento otro libro, que os será mas agradable; libro parlante y vivo, escrito todo entero por dentro y por fuera, *scriptus intus et foris*; y este libro soy yo: yo, que en mi alma y en mi cuerpo, en mis potencias y en mis sentidos, llevo escritos los innumerables rasgos de vuestros favores y de vuestras misericordias. Pero este libro mismo será un libro mudo y como cerrado con siete sellos, si Vos no os dignais abrirlo.

Abridlo, y entonces á los ojos de cada quien, y sobre todo á los ojos de mi amada familia, todos estos rasgos serán revelados y conocidos de tal suerte, que el mundo entero podrá leer en ellos las gracias inmensas de que me habeis colmado. Abridlo, y entonces, encantados y, me atreveré á decirlo, santamente seducidos, todos se animarán á amaros, á serviros y á esperar en Vos.

Estos son los votos de mi corazón que hoy os consagro solemnemente. ¡Puedan estos votos, como un incienso de olor agradable, subir hasta ese trono de misericordia, en el que estais sentada como Reina, á la derecha de vuestro Hijo el Rey de los reyes! ¡Puedan, acogidos y benditos por Vos, volver á descender sobre mí, sobre toda mi familia, sobre todos los infortunados pecadores, mis semejantes, como rocío de gracias y de bendiciones celestiales! (1)

(1) Incensum istud a te benedictum ascendat ad te, Domine et descendat super nos misericordia tua.